SANTA TERESA DE JESÚS

CUÁN BAJAMENTE SENTÍA DE SÍ MISMA LA SANTA

Considero algunas veces cómo todas aprovechaba sino yo, que para ninguna cosa valgo. Y cierto por todas partes me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo... Esto no es cierto humildad, sino verdad.

(Santa Teresa de Jesús)

“Una vez estaba yo considerando, por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad; y púsoseme delante, a mi parecer, sin considerarlo, vino de presto esto, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira; a quien más lo entiende, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amén”.

Así discurría la humilde Doctora española con la profunda exactitud y sutileza del más consumado teólogo sobre la primera o fundamental de las virtudes cristianas, como si hubiese estudiado en san Bernardo, Sermón 42, sobre el Cántico de los cánticos. Y esta doctrina nos ha de servir de regla para apreciar los quilates de la virtud de Teresa, en el estudio detenido que vamos a emprender sobre su humildad.

Para mayor orden y claridad debemos distinguir con Santo Tomás¹ la humildad en interior y exterior. Llamamos humildad interior la baja opinión que tenía de sí la Santa, la cual por sus dichos y palabras se manifiesta bien; y exterior la que mostró con las obras. La interior, siguiendo a Ricardo de san Víctor², tiene como tres grados. El primero es de los que conocen su miseria y bajeza; el segundo de los que no sienten ni huyen de que otros la conozcan; y el último es de los que apetecen ser vilipendiados.

Santa Teresa de Jesús tuvo estos tres grados de humildad con toda perfección. Oigamos a la misma Santa cómo nos revela con sentidas palabras el bajo conocimiento que tenía de sí.

Las primeras palabras que la obediencia obligó a escribir a nuestra Santa, son de humildad profundísima. El justo, dice la Escritura, es el primero en acusarse a sí mismo. Acúsase la humilde Teresa a sí propia cuando al escribir su Vida admirable, prorrumpe en sentidas quejas porque le obligan a referir mercedes del Señor, y no le dejan contar sus pequeñas faltas, y dice así: “Quisiera yo que como me han mandado y dado larga licencia, para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran, para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Dírame gran consuelo; mas no han querido, antes atádome mucho en este caso: y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado Santo, de los que se tornaron a Dios, con quien me consolar. Porque considero, que después que el Señor los llamaba, no le tornaban a ofender: yo no solo tornaba a ser peor, sino que parece traía estudio a resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se vía obligado a servir más, y entendía de sí no podía pagar lo menos de lo que debía. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó”.

Estas página revelan la más profunda humildad, y se echa de ver con cuánta verdad pudo decir más tarde la misma humilde Santa: “El humilde se huelga de los desprecios, y le son como una música muy suave”³.

Cuando era todavía monja calzada en la Encarnación de Ávila, en la pared de su celda, donde tenía algunas imágenes de los santos para excitarse a devoción, había una inscripción que decía: “No entres, oh Señor, en juicio con tu siervo”⁴. Este espíritu de compunción y temor de la divina justicia, que le causaba profunda humildad, lo traía en su alma continuamente fijo,

¹ Secunda secundae, Q. 161, ar. 2 et 6.

² P. I, 1.2, de Erud. hom. inter., c.32.

³ Mor: 6, 1.

⁴ Salmo 142, 2.

como persona que necesitada estaba de la misericordia del Señor. A menudo se caía de sus labios aquella jaculatoria del real Profeta: “Yo cantaré eternamente las misericordias del Señor⁵”. Estas misericordias del Señor fueron no solo medio, según ella afirma, para traerla Dios a su servicio, sino para sacarla del infierno⁶.

Una de las cosas que humillaban más a la agradecida y magnánima Teresa, era el recibir mercedes del Señor, conociendo ella su ruindad y vileza. Oigamos sus abrasadas expresiones: “A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podía ser como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos... Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos..., porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco según ellos eran muchos... ¡Oh Señor mío, qué bueno sois! Bendito seáis por siempre; alaben os, Dios mío, todas las cosas, que así nos amasteis...Acaéceme muchas veces, cuando acabo de recibir estas mercedes, o me las comienza Dios a hacer, decir: Señor, mira lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis visto de otras veces que lo torno a derramar. No pongáis tesoro semejante a donde aún no está como ha de estar, perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza de esta ciudad, y llaves de la fortaleza de ella a tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo; en fin, mujer, y no buena, sino ruin; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy), no puede dar con ellos a ganar a nadie. Parece que no sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis Vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas”.

Pueden darse, lector mío, más sentidas palabras para revelar la humildad profundísima que un alma atesora? Pues, con todo, a la humilde Teresa aún le parecía semejante lenguaje descubridor de poca humildad. “Después de decir estas cosas veía, añade la Santa, mi poca humildad”.

Tan bajo concepto tenía formado de sí propia, que dominada de este sentimiento, aunque no verdadero, pero nacía en fin de corazón humilde, dejó un año de tener oración por parecerle ser indigna de tenerla y de recibir mercedes del Señor, sirviéndole tan mal. También a los principios, como veía que entendía todo lo que los libros espirituales dicen de la oración, por alto que fuese, no lo leía, porque juzgaba ser poca humildad pensar ella que había llegado a aquellos grados de oración que allí se ponen; y quería más leer en las vidas de los Santos, porque con los ejemplos de ellos se confundía. Por este sentimiento de humildad no se atrevía a tratar con personas tan santas y de tanta perfección como entendía eran los de la Compañía de Jesús. Hablando de la humildad y bondad del caballero santo, D. Francisco Salcedo, que no se desdeñaba de tratar y hablar con ella, dice así: “Su humildad a mí espántame... Aquí se vio su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo”⁷.

Oigamos, por fin, cómo ella misma demuestra cumplidamente el bajo conocimiento que de sí tenía formado, por la siguiente relación de su Vida, que escribió por orden de san Pedro de Alcántara, su confesor.

“Vanagloria, gloria a Dios, que yo entienda, no hay por qué la tener, porque veo claro en estas cosas que Dios da, no poner nada en mí, antes me da Dios a sentir mis miserias, que cuanto yo pudiera pensar, no pudiera ver tantas verdades como en un rato conozco. Cuando hablo de estas cosas de pocos días acá, paréceme son como de otra persona; antes me parecía algunas veces era como afrenta que las supiesen de mí, mas ahora paréceme que no soy por esto mejor, sino mas ruin, pues tan poco me aprovecho con tantas mercedes. Y por cierto por todas partes me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo. Y así las virtudes de los otros me parecen de harto más merecimiento, y que yo no hago sino recibir mercedes”. Y después añade: “Paréceme que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que alguna de estas virtudes es mía, porque ha

⁵ Salmo 88.

⁶ Relación de su vida a san Pedro de Alcántara, nº 29.

⁷ Vida, c. 23.

poco que me vi sin ninguna muchos años. Y ahora de mi parte no hago más de recibir mercedes sin servir, sino como la cosa más sin provecho del mundo. Y es así que considero algunas veces cómo todas aprovechan sino yo, que para ninguna cosa valgo. Esto no es cierto, humildad, sino verdad, y conocerme tan sin provecho me trae con temores algunas veces de pensar no sea engañada. Ansí que veo claro, que de estas revelaciones y arrobamientos (que yo ninguna parte soy ni hago para ello más que una tabla) me vienen estas ganancias”.

¿Quién habrá de nosotros que no se confunda al leer estas ingenuas declaraciones de la humildísima Teresa?. Si la Santa, que era *gran* baratona y se *deshacía y desvivía* por trabajar fomentando los intereses de su Esposo Jesús, se tiene en su humildad por la cosa más sin provecho del mundo; si Teresa de Jesús, que obraba siempre lo más perfecto en cumplimiento de un voto heroico, se juzgaba por lo más ruin y peor del mundo, y que no valía para ninguna cosa buena, ¿qué debemos sentir de nuestra miseria nosotros que, en los quebrantos que sufren hoy día los intereses de Cristo Jesús, nuestro Dios y Señor, no servimos más que para lamentarnos de tamaños males, y si algo decimos por remediarlos nos estimamos ya por los mejores del mundo? ¿Quién de nosotros no puede y debe repetir a vista de sus pecados y falta de buenas obras lo que exclamaba en su humildad la gran Teresa?⁸: “¿Qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por Vos? Y ¡qué de ello, qué de ello. qué de ello, y otras mil veces lo puedo decir me falta para esto! Por esto no había de querer vivir, porque no vivo conforme a los que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en serviros! Es cierto algunas veces quisiera estar sin sentido por no entender tanto mal de mí”.

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

Sólo puedo presumir de la misericordia del Señor, y no tengo otro remedio sino llegarme a ella y confiar en los méritos de la Virgen, Madre suya, cuyo hábito indignamente traigo. Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente... Pues tenéis tan buena Madre, imitadla, y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora, y el bien de tenerla por patrona.

(*Santa Teresa de Jesús, Mor. 3, c.1*).

He aquí un título o advocación de la Virgen, la más popular en la más bella acepción de la palabra, por ser la más antigua,, universal y provechosa. Todas las fiestas de María, Madre de Dios y Madre de los hombres, excitan en el corazón de los fieles, sus hijos, sentimientos de amor y gratitud, que se revelan con muestras de alegría y regocijo; pero la de la Virgen del Carmen las supera a todas. Mil veces he admirado este hecho consolador en la industriosa Barcelona, donde gran parte del pueblo suspende sus tareas en este día, enrama las calles, y eleva en medio de ellas altares a la Virgen del Carmen, adornados con profusión de luces, donde reza y canta a la Reina de su amor, María, Madre de Dios. Y lo que allí sucede se repite en otras ciudades, y en todos los pueblos se la obsequia, y no se hallará uno solo que no tenga algún altar consagrado a la Virgen Carmelitana.

¿Por qué este hecho? – Porque en la invocación de la Virgen del Carmen halla el pueblo cristiano remedio en toda necesidad: en vida, en la muerte y más allá del sepulcro. Esto explica tan popular devoción. El pueblo no es dado a discurrir; pero sí que en su instinto cristiano abraza siempre con preferencia las devociones que, bajo formas sensibles, se le presentan rodeadas de grandeza y bondad, demostradas por hechos visibles, al alcance de todos. Y tal es la devoción a Nuestra Señora del Carmen.

Tiene esta devoción títulos de antigüedad los más respetables. Posee además el santo Escapulario, prenda visible del amor especial de María, y por cuya mediación se obran todos los días numerosos milagros y obtienen sus devotos toda clase de gracias. La Iglesia, por otro lado, abre sus tesoros y franquea con sin igual generosidad sus gracias a todos los hijos del Carmelo, y María, Madre de Dios, se complace en llamarse Madre y Virgen del Carmen, distinguiendo con privilegios singularísimos a los que la invocan con tan hermoso dictado.

⁸ Vida, c.. 39.

Por ello, no hay nombre que se repita más a menudo por el pueblo fiel, ni Santo, ni título de la gran Madre de Dios a que se recurra con mayor confianza en toda clase de necesidades y peligros.

¡Virgen del Carmen!, clama el marinero en deshecha tormenta, y el naufrago que ve el abismo abierto a sus pies sin socorro humano. ¡Virgen del Carmen!, grita el soldado cristiano en lo más horroroso del combate, y guarnecido con el escudo del santo Escapulario, lánzase lleno de confianza en medio de las balas, como si fuese invulnerable. ¡Virgen del Carmen! invoca el moribundo en el lecho del dolor, cuando su alma se halla próxima a presentarse al tribunal de Dios. ¡Virgen del Carmen!, repite sin cesar el cristiano en todos los peligros y accidentes de la vida, y a su poderosa protección confiesa deber toda clase de favores y gracias. Y aun más allá del sepulcro, en la eternidad, óyese el clamor de prisioneros pacientes, que sin cesar elevan al cielo esta humilde plegaria: "Madre mía, Virgen del Carmen, acordaos y apiadaos de nosotros; libertad nuestras almas de las penas del purgatorio, y llevadnos al cielo en el primer sábado, según vuestra promesa".

La *Revista Teresiana*, que se gloria, como su Patrona, de ser Carmelitana, mira con singular cariño y aprecio todo lo que dice relación con la Virgen del Carmelo, y tiene a gran gloria y considera como un deber el propagar devoción tan antigua y veneranda, tan autorizada y provechosa, a la par de la de Teresa de Jesús, su más ilustre hija.

Hemos expresamente reservado hablar de la Virgen del Carmen hasta llegar el día de su fiesta, porque queremos merecer su protección y sus bondades, empezando una serie de artículos relativos todos a este objeto, en los que expondremos con la mayor claridad y brevedad posibles las glorias del Carmelo. A tres puntos podemos reducir todo lo que más interesa saber a los amantes Teresianos, respecto a este particular. Esto es: 1º, la antigüedad de la Orden de la Virgen y sus privilegios; 2º, las mercedes que la Virgen le ha dispensado y que la Iglesia ha confirmado con su autoridad, o sea el escapulario, o cofradía; y por último, la Orden Tercera de Nuestra Señora. Además de que, como confiamos en breve aumentar la lectura de nuestra *Revista*, podremos dedicar holgadamente en la mayor parte de los números algunas páginas que despierten o aviven en los amantes de la ilustre hija del Carmelo el amor y confianza hacia la más bondadosa y compasiva de las madres. Y así, la *Revista Teresiana* será con el tiempo, y con el favor del cielo, Revista Carmelitana, pues unos mismos son los intereses, la honra y la gloria de la Hija y de la Madre.

DESDE LA SOLEDAD

Ya Señor, ya Señor, haced que sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad la nave de la Iglesia y de España. Salvadnos, Jesús mío, que perecemos.

(*Santa Teresa de Jesús*)

Santa Teresa de Jesús, en vista de los males que oprimían al mundo en sus días, deseaba ponerse en lo alto de una montaña, y desde allí no exclamar a todos los mortales sino estas palabras: *¡Almas, almas, orad, orad!*

Si alguna vez he creído necesario recordar a mis hermanos los españoles el dicho de santa Teresa, es en las presentes circunstancias. Estamos ya en la gorda, y amenaza la estallar la gordísima para hundirnos todos con ella o salvarnos.

Sí, hermanos míos, es necesario, de necesidad extrema, implorar de todo corazón el auxilio de Dios, sin cesar. El mundo, muchos españoles parecen efectivamente dejados de la mano de Dios, según blasfeman y profanan lo más santo y sagrado. El demonio parece andar suelto, y con libertad para dañar y prevalecer contra lo que lleva el sello de Dios. ¿Por qué, me he preguntado varias veces en el silencio de mi soledad, presa mi corazón de inexplicable amargura a vista de los males de España y de toda Europa; por qué un puñado de hombres desalmados han de acocerar y escupir al rostro de miles de hombres honrados? ¿Por qué una docena de hombres viles, de almas ruines, han de dominar a todo un pueblo de ciudadanos decentes? ¿Por qué unos cuantos impíos han de insultar a mansalva con todo descaro y osadía la fe y creencias de millones de cristianos? He examinado a la luz del Santuario este

fenómeno que hoy se repite casi en todos los pueblos y ciudades de España, y, francamente digo, no he hallado otra explicación más que ésta: No se ora como se debe por los que se llaman católicos; y así su fe es tibia, su corazón está frío e indiferente en las cosas de Dios. Hay, sí, muchas almas que se apellidan católicas, pero enclenques y debilísimas para batallar las batallas del Señor y defender, hasta derramar la sangre, sus derechos sagrados y los de su Iglesia.

¡Cómo se cumple al pie de la letra la profunda verdad de la gran Maestra de la oración! Alma sin oración es como un cuerpo con perlesía o tullido; todos sus movimientos son tardíos y difíciles. Hay muchas almas católicas, sí, pero enfermas, atacadas de parálisis las que no pueden obrar encontrando oposición.

Nos faltan Santos; algunas de aquellas almas viriles, fuertes con la fortaleza de Dios, que digan en su nombre a la revolución: "Retrocede al abismo de donde saliste". Y a los que se glorían de su malicia y se muestran poderosos en la impiedad: "Calla, enmudece. ¿Quién como Dios?". ¡Qué grandeza de Dios!, exclama la gran Teresa, que puede más a las veces un hombre solo o dos que digan verdad, que muchos juntos. Como haya uno o dos que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor poco a poco a ganar lo perdido.

Mas, ¿dónde están estas almas hoy día en nuestra España, las que como muro de bronce se opongan a la iniquidad triunfante? Siglo de Teresa de Jesús, tan rico en grandes almas y en grandes Santos, ¿por qué no te renuevas en nuestros días? ¿Por qué entonces tanta grandeza y dignidad, y hoy tanta ruindad y vileza? – Porque no oramos, como en el siglo de Teresa. No sube la oración al cielo, no desciende la misericordia de Dios sobre nosotros. Hoy se habla más, se escribe más, se obra más si se quiere, pero se ora menos. Y sin la oración, la palabra no fructifica, los escritos no mueven los corazones, las obras son poco aceptas a Dios. ¡Oh almas redimidas con la sangre de Cristo, entendedos y habed lástima de vosotras y de vuestros prójimos! ¡Almas, *orad, orad, orad*, porque todo lo puede la oración. La oración puede cerrar el infierno, abrir el cielo, y vencer al mismo Dios justamente airado. En la oración es donde el alma recibe luz, vida y valor; donde se despoja de sus cualidades terrenas y se reviste de las condiciones de Dios, pues quien se une a Dios en espíritu, una cosa se hace con Él.

Oremos, pues, hermanos, y oremos sin cesar y con fervor. Nuestras armas invencibles son la súplica y la oración. Clamemos al Corazón de Jesús con su esposa Teresa: O dad fin al mundo, Señor, o poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazón que lo sufra aun de los que somos ruines. Suplícoos, pues, oh hermoso y santísimo Corazón de Cristo, que no los sufráis ya Vos. Atajad este fuego, Señor, que si queréis podéis; habed lástima de tantas almas como se pierden, ya favoreced a vuestra Iglesia y a vuestra España. No permitáis ya más daños en la cristiandad, y dad ya luz a estas tinieblas, y salvadnos, Señor mío, que perecemos.

¡Ojalá pueda en la próxima carta daros un consuelo, devotos Teresianos, revelándoos el fruto de vuestras oraciones! Hágalo Teresa de Jesús, omnipotente en sus raciones, pues ya en vida Jesucristo le prometió que no le pediría cosa que no la hiciese. A este fin os da la siguiente oración, sacada a la letra de las obras de la Santa, y os suplica dediquéis todos los días un cuarto de hora repitiéndola con amor y confianza a los oídos del Corazón de Jesús de Teresa, para que nos salve, y salvando a España, veamos el triunfo de la Iglesia y la paz del mundo.

EL SOLITARIO

Oración de Santa Teresa de Jesús pidiendo la conversión de los pecadores

¡Oh piadoso y amoroso Jesús, Señor de mi alma! También decis Vos: Venid a Mí todos los que tenéis sed, que yo os daré a beber. ¡Pues como puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas, en las codicias de estas cosas miserables de la tierra! Hay grandísima necesidad de agua, para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, Señor mío, de vuestra bondad que se la daréis. Vos mismo lo decís, no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados a vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni atinan de desatinados a ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mío? Vos vinisteis al mundo para remediar tan grandes necesidades como éstas, comenzad, Señor; en las cosas

más dificultosas de mostrar vuestra piedad. Mirad, Dios mío, que van ganando mucho enemigos; haber piedad de los que no la tienen de sí; ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir a Vos, venid Vos a ellos, Dios mío. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan, y tornen en sí, y comiencen a gustar de Vos, resucitarán estos muertos. ¡Oh vida que la dais a todos! Resucitad a estos muertos; sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que aunque no os pidan la vida deis, para que después, Dios mío, salgan de la profundidad de sus delitos. No os pidió que le resucitáseis, por una mujer pecadora lo hicisteis; veisla aquí, Dios mío, y muy mayor; resplandezca vuestra misericordia, Yo, aunque miserable, os lo pido por los que no os lo quieren pedir. Ya sabéis, Rey mío, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer sin fin, si no se tornan a Vos. ¡Oh dureza de corazones humanos! ¿Por qué no queréis vivir para siempre? Ablándeles vuestra inmensa piedad, mi Jesús y mi Dios. Amén.

UNA POETISA

Era un bello día de primavera. Un sol espléndido y radiante bañaba de claridad y hermosura los azulados espacios. Sus tibios rayos se quebraban en las brillantes cúpulas de la antigua Salamanca y se deslizaban también por el interior de un convento habitado por religiosas Carmelitas. Es precisamente el día en que la Iglesia solemniza la gran festividad de la Pascua (el año 1571), cuando nos agrada visitar en compañía de nuestros habituales lectores el mencionado convento, seguros de proporcionarles un rato de recreación y puro deleite, toda vez que allí encontrarán por ventura corazones de mucho tiempo conocidos. Y sin más preámbulos, no vaciléis en adelantaros por la portería que tenéis hoy abierta por un rarísimo privilegio; colémonos por el solitario corredor que conduce al jardín, y no paremos hasta encontrarle, si queremos sorprender a toda la Comunidad en los momentos de honesto solaz y esparcimiento.

Las Religiosas han pasado casi toda la mañana santamente empleadas en la solemnidad del día. Aún parece oírse el último y alegre eco del órgano, que ha lanzado durante la mañana torrentes de armonía. Aún se percibe la exquisita fragancia de cera virgen y de escogido incienso, desvaneciéndose, perdida por la alta bóveda de la iglesia, una leve y flotante nubecilla. Las puras emociones experimentadas durante la mañana vienen a Henchir aún de deleites el corazón de las religiosas que, sentadas unas a lo largo de un verde ribazo del jardín, apoyándose otras en los corpulentos troncos de los árboles, permaneciendo algunas de pie, se entretienen todas en sabrosas pláticas de cosas espirituales. Aquellos corazones virginales que se han abierto aquel día a las suavísimas sollicitaciones de su immaculado Esposo; aquellas almas escogidas que se abandonaron en casta confianza a todas sus embriagadoras, celestiales ternuras, ¿cómo no sentirse todavía poseídas de ese bienestar inefable que pasa por las profundidades del alma pura? Esas alegrías, no conocidas del mundo, rompen el estrecho vaso de sus corazones y se derraman por sus semblantes que parecen iluminados con celestiales destellos.

La tarde declina. Los oblicuos rayos del sol pasan por entre el verde follaje de los árboles, nacidos con dulce murmullo por el aliento de las brisas. Cargadas éstas de olores y de rocío, parece se complacen en agitar con timidez los ligeros velos de las vírgenes que en graciosos pliegues flotan sobre sus espaldas. Matas de jazmines y de lirios blancos, plantados aquí y allá a lo largo de las cercas, saturan los ambientes de penetrante aroma. No lejos de allí se percibe el melodioso gotear de una fuente. Los pájaros se posan en las ramas más altas para dar su último adiós al día con dulces y melancólicos sonidos. ¿Quién no sabe adivinar allí al no comprendido genio de la poesía que en torno vierte su tesoro de mágicas tintas, y que de encanto purísimo lo viste todo, y que seduce, más que los sentidos, a las almas inmortales?

Presas de este encanto serán las de las religiosas, sin duda alguna, según lo abstraídas y calladas que están, cuando de pronto una de ellas, de elevada estatura y que respira dignidad y nobleza, se levanta del banco de florido césped donde se sentaba. Todas las religiosas vuelven con cariñosa deferencia la atención y los ojos a la que se levanta y cuyo rostro,

iluminado ahora por un suave rayo de sol que se desliza por las ramas de los árboles, aparece en extremo hermoso y agraciado, con esa belleza que se agranda y eleva el pensamiento y presta un bienestar tranquilo al corazón. Llama de amores castísimos relumbra en su mirada, que denuncia a la vez un alma entusiasta y poética, y un corazón tierno y sensible. Ved si no con qué sonrisa de infinita expresión y bondad se dirige a las religiosas y les dice Teresa (ya lo habíais adivinado):

- Y bien, hermanas mías, ¿no queréis ahora obsequiar a nuestro buen Dios, recitándole algunas de esas coplillas tan bellas que vosotras sabéis?

- Con mucho gusto lo haríamos, contestaron algunas, si, como vuestra reverencia, supiésemos componerlas.

- No tan fácilmente, hijas mías, como vosotras creéis. Pero vamos, no ignoro que vosotras sabéis hartas, y me holgara no poco en que no os hicieseis de rogar, como se estila en el mundo.

¿Y qué religiosa podría resistir a los deseos de su Madre Teresa, tan delicadamente manifestados? Una de las religiosas más cercanas, poniéndose el índice en los labios como procurando recordar, dice apostrofando a la vecina fuente:

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!

Todas las religiosas se han acercado entre tanto a su buena Madre y la rodean, formando semicírculo como cariñosas hijas. Ahora toca el turno a otra que, como si llorase males de ausencia, exclama con un timbre de inefable y dulce melancolía:

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor no bien se cura
Sino con la presencia y la figura.

A ésta sigue otra y otra poesía. ¡Qué sencillo y hermoso palenque de versos y más aún de sentimientos, presidido por la más bella poetisa y por el corazón más hermoso y delicado!

Pero escuchemos, que otra va a hablar, señalada por Teresa. Es una de las más endiosadas religiosas, un corazón unido al de Teresa con los más apretados nudos. No extrañéis, pues, que de su boca salgan acentos tan inflamados como éstos:

Véante mis ojos,
¡Dulce Jesús bueno!
Véante mis ojos,
Y muérame yo luego.

Aún suenan estas enamoradas palabras, y todas las religiosas corren y se precipitan sobre su buena Madre. ¿Qué sucede? ¿Qué le pasa a Teresa? ¡Ah! Hace ya tiempo que el alma de Teresa siéntese enajenada y delirante por la hermosura de su divino Esposo, y quisiera volar, volar por aquellos infinitos espacios de la claridad y del amor. Pero, ¡ay, pobre paloma candidísima! Siéntese sujeta al barro de la tierra por los grillos de la carne, y no acierta a emprender su vuelo, y padece su corazón angustias indecibles. Ha oído a su amiga palabras de dulce languidez, que en sus entrañas han dejado derretimientos de una suavidad irresistible. Por eso ha caído en un desmayo. Luego se han apercebido de ello sus buenas Hijas, y con sus amorosos brazos le han formado blanda cama hasta depositarla en el pobre lecho de su celda. Entonces, presa de su deliquio de amor, cantaría con el corazón despierto las trovas del dulcísimo y místico poeta y compañero suyo, fray Juan de la Cruz:

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado
Que a vida eterna sabe!...

Teresa queda tendida en su cama, y abandonada el alma a una inexplicable agonía de amor y de dolor. ¿Quién pudiese recorrer, afortunado, el misterioso velo que recata a toda mirada el arcano de sus deleitosos tormentos? Tú que vives en una misma celda y puedes gozar todos los días del magnífico espectáculo de su alma santísima, y bebes con avidez las luces de su espíritu; tú, Ana de Jesús, que como ella debías ser también fundadora del Carmelo y debías llevar la semilla de tu santa Madre a los dilatados campos de la Francia y Países Bajos, ¿no nos dirías alguna cosa de lo que pasó por Teresa en aquellos sagrados momentos?... El gustoso martirio le duró por espacio de dos días. Otras veces, es verdad, había experimentado este dichoso tormento de amor, pero jamás en un grado tan subido. Ella misma lo declaró a su confesor en estos términos: “Esta vez, dijo, la intensidad del dolor llegó hasta traspasar mi alma. Ahora comprendo mejor el martirio que debió sufrir la santísima Virgen cuando fue su alma atravesada por la espada del dolor”.

Mas como quiera que el encendido dardo del divino amor “nunca mata sino para dar vida, así como nunca llaga sino para sanar”, al decir de san Juan de la Cruz; “y como quiera que la llaga que abre en el corazón es “tanto más subidamente regalada, cuanto más en el centro íntimo del alma toca el cauterio de amor, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar”, como dice el mismo escritor; de aquí es que Teresa, al despertar de su sueño de deleites, lleno aún el espíritu de subidísimas imágenes y de sentimientos sobre todo encarecimiento puros y delicados, empuñan instintivamente su cítara de oro, y canta sobre ella el más hermoso de los cánticos, y que es, según sabios críticos, la mejor elegía que existe. Oíd, almas delicadas, enamoradas de lo noble y de lo bello; corazones sensibles a las hermosuras del cielo y de la virtud, escuchad las melodías virginales de un cantar nuevo, que brotan de las sonoras cuerdas como abrasado torrente, que llamean en rápidas ondulaciones, y vienen como dardos a atravesar las entrañas del espíritu. Oíd a la Santa y a la poetisa preluar el hermoso tema de sus canciones:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

He ahí la dulce queja que exhala su alma. No, no es ella un trabajo del espíritu, como ella misma ha confesado; es sí un brote espontáneo del corazón, es el grito de su alma atormentada por el amor, que para más sumergirse en las deliciosas aguas de su martirio, canta en varios tonos y paladea sus inenarrables dulzuras, arrancando de su cítara tan delicadísimas melodías como éstas:

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo,
Hace a Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón,
Mas causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¿Queréis oír ahora el lánguido suspirar de Filomela, en la tarde cuando el sol muere, cuyos tristes gemidos comunican al alma dulce y bienhechora melancolía? Pues, seguid oyendo a Teresa:

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero!

Luego, después de apostrofar a la vida y decirle que no le sea molesta, como si sobre su cabeza inflamada se abriese el estrellado velo, prorrumpe en estas aspiraciones:

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera;
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva,
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.
Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

Copiaríamos todas las estrofas de la preciosa composición de Teresa, que ella intituló: *Glosa*. La Santa no busca la armonía del ritmo, ni la delicadeza de expresión, ni lo escogido del pensamiento; pero todo le sale al encuentro. El genio de la más ideal poesía envuelve su alma con divinos resplandores, y sólo luz, amor y armonía puede dar de sí, pues sólo en atmósfera de luz, de amor y de armonía vive. Su cítara es su corazón amante y enamorado. Y ¿quién poseyó un corazón como el de Teresa? Humedecidas de amoroso llanto están ahora sus cuerdas; llanto de amor que se adivina correr con delicia en esta estrofa última que copio:

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte,
Mira que muero por verte,
Y vivir sin Ti no puedo,
¡Que muero porque no muero!

Pido perdón a mis lectores, por haberme atrevido a tocar flores tan delicadas y puras como éstas. Es verdad que lo he hecho con respeto, y sobre todo con entrañable amor; pero, así y todo, temo que mis manos no las hayan en mal hora marchitado, y que mi aliento no las haya, sin quererlo, manchado u oscurecido. ¡Pero qué!, nuestra Santa poetisa es tan buena, que todo lo sabrá dispensar a su enamorado. – J.A.

Tortosa, 9 julio 1873

¡SI SE HA CAÍDO, LEVANTADLA!

Esto respondió con mucha paz la magnánima virgen Teresa de Jesús a su amiga D^a Guiomar de Ulloa, cuando muchos demonios se juntaron para derribar la pared firme y bien hecha del primer convento de la Reforma descalza de San José en Ávila, para ver con este intento si, desmayando de su santa empresa la animosa Castellana con los obstáculos de dinero y otras dificultades, le era hacedero ahogar en su cuna obra de tanta gloria de Dios.

Habíase hecho una pared muy buena y grande con su cimiento de piedra, dice el P. Ribera, y lo demás de tapia con rafas de piedra o de ladrillo muy firme, que había costado hartos dineros, y éstos se habían habido con no poco trabajo. Ésta se cayó una noche toda con haberla hecho muy buenos oficiales. Y estando Juan de Ovalle muy enojado con ellos y puesto en que la habían de tornar a hacer a su costa, porque habían tomado la obra a destajo, llamó la Santa Madre a D^a Juana, y díjole: “Diga a mi hermano que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa, porque muchos demonios se juntaron para derribarla; calle y tórneles a dar otro tanto”. Y después le dijo a la misma D^a Juana: “¡Qué fuerza pone el demonio para estorbar esto!, pues no le ha de aprovechar”. Y así fue, porque, enviando D^a Guiomar un propio

a su madre, que estaba en Toro, pidiéndole treinta ducados por orden de la Santa, aunque con harto miedo que no los daría, díjole Teresa en pasando dos o tres días: “Hermana, alégrese, que los treinta ducados son ciertos; ya están contados y en poder del hombre que enviamos; en la cuadra baja se los contaron”. Y así fue, prosiguiendo y dando fin a su obra a pesar de los pesares del infierno junto.

¡Qué animosa mujer la gran Teresa! ¡Qué espíritu varonil! Cualquier alma que no fuera de su temple hubiese desmayado con este encuentro, como sucedió a su íntima amiga D^a Guiomar, que desmayó luego diciéndole que no debía ser voluntad de Dios que aquella obra se hiciese, pues la pared tan bien hecha y firme se había caído, y que por esto debían desistir de su empeño.

¡Qué bien viene este recuerdo y dicho de Teresa hoy día que en nuestra católica España van cayendo una tras otra las paredes de los conventos y las casas de Dios, no por manos de invisibles enemigos, sino por los que se cubren aún con el manto de amigos de la humanidad y del progreso! Ya que no somos por falta de valor cristiano parte para impedir que caigan las casas del Señor, como es nuestro deber, a lo menos cuidemos de levantarlas. Si por nuestra culpa debemos confesar que se han caído, la razón y la justicia nos obligan a exclamar: ¡Levantadlas! Tantas cosas hemos dejado caer en nuestra España por nuestra culpa, que apenas queda nada bueno en pie. Cayó la unidad católica en nuestra patria; cayó la santidad del matrimonio; cayó el respeto a la autoridad; cayó la vergüenza pública; cayó la honra nacional; están amenazados de caer todos los templos, y luego se dirá con toda verdad, si Dios no lo remedia: cayó la España católica, y con ella el individuo, la familia y la propiedad, el orden y la paz. Porque España, o ha de ser católica, o no será. España ha caído de su antigua grandeza; España ha caído de su dignidad, no tanto por los esfuerzos de los malos, cuanto por la apatía de los buenos. ¿Qué hacer, pues? Levantarla con la unión y ayuda de todos los que oyen misa y se precian del dictado de católicos. Ha caído por nuestra culpa; repitamos todos con la decisión y fe de la patrona de las Españas, la gran Teresa: Levantadla. No estamos solos en esta santa empresa. Teresa de Jesús y Jesús de Teresa nos ayudarán, pues se trata de su honra. *¡Oh qué fuerza pone el demonio para estorbar esto!* Digamos con la decisión y de Teresa: *Pues no le ha de aprovechar.* Y así será si nosotros queremos. Entre españoles fervorosos católicos el querer es poder. – C.

UN HECHO EDIFICANTE

“Es protección en vida, salvación en la muerte, y libertad en el purgatorio”

“Yo no temo a las balas, ni a la muerte, me repetía con toda sinceridad un anciano de ochenta años.

- ¿Cómo no?, le repliqué admirado. ¿Acaso se cree V. inmortal e invulnerable?
- ¡Ah!, no; respondió. Pero tengo un secreto, poseo un talismán de virtud tal, que con él nada ni nadie de este ni del otro mundo me podrá dañar.
- ¿Y sólo V. lo posee? Por Dios y por su Madre Santísima, que me lo descubra, pues tiene V. un pie en el sepulcro y sería una desgracia digna de llorarse para siempre, si con V. se enterrase ese secreto.
- No temas, hijo mío, que esto suceda. Amo al prójimo como a mí mismo, y no soy avaro de lo que puede hacer bien a mis semejantes. Oye con atención, y graba en tu memoria lo que voy a referirte, pues desearía que todos los hombres supiesen lo que a mí me sucedió. Muchas veces lo he referido, pero siempre hallo nuevo gusto en repetirlo.

Y prosiguió de esta suerte el venerable anciano: “Habrás oído contar cómo, en lo que va de este siglo, ha habido guerras, hambres y pestes; y que muchos de los españoles murieron en guerra con el extranjero, o con sus propios hermanos. Pues bien, yo seguí el azar de estas guerras, pues mi inclinación siempre ha sido a las armas; mas, a pesar de hallarme en cien combates, haber cantado victoria de mis enemigos y caído prisionero muchas veces,

nunca temí a la muerte, y siempre me persuadí que no moriría de desgracia. Y así ha sido. Porque regresé al seno de mi familia sano y bueno, in que un rasguño rozase mi carne. Querrás saber el porqué de mi persuasión profunda, el secreto que obraba en mi ánimo esta creencia; pues te lo voy a decir, y ¡ojalá de él te aproveches! Has de saber que desde que abrí mis ojos a la luz de la razón me hallé sobre mi pecho el escapulario de la Virgen del Carmen, y mi buena y cristiana madre, al dármele a besar todas las mañanitas y todas las noches, después de rezarle siete *Padre nuestros*, me repetía: “El escapulario de María, hijo mío, en vida protege y salva de toda clase de peligros, en la hora de la muerte salva de las penas eternas del infierno, y después de la muerte, al primer sábado lleva al cielo las almas que están en el purgatorio. No dejes, hijo mío, esta librea de los hijos de María, y María no te dejará en la vida, en la muerte y después de muerto”. Y así fue. En el primer combate que sostuve contra los franceses, todos los de mi compañía cayeron muertos o heridos, excepto tres que llevábamos el santo Escapulario. Una bala, otra vez, se aplastó sobre mi escapulario, como si hubiese sido un muro de piedra. Y al entrar en acción después de rezar los siete *Padre nuestros* y encomendarme a la Virgen del Carmen, nunca temí, porque nunca juzgué morir de un balazo. Ahora, hijo mío, espero con tranquilidad la muerte, creyendo firmemente que María, que me ha librado de los peligros de la vida, en cumplimiento de su promesa, me libraré de la muerte eterna, y apiadándose de los pecados de mi juventud me llevará al cielo el primer sábado, a cantar eternamente sus misericordias. Ten fe y confianza en la protección que María dispensa a los que visten su santo escapulario, y en vida y en muerte verás, por consoladora experiencia, con cuánta verdad se dice. Que los que obran bajo la protección de María no serán confundidos, ni pecarán”.

Así dijo el respetable anciano, y una lágrima de gratitud se deslizó de sus ojos, como testimonio de la verdad que encerraban sus palabras.

Quiera el cielo que todos los que se precian de ser hijos y amantes de Teresa, imiten tan noble y cristiano ejemplo teniendo a gran honra el ser hijos queridos de la que es madre de Teresa y nuestra, la Virgen del Carmen. Cubra siempre su santo escapulario nuestro pecho, para ser protegidos de un modo especial por tan tierna Madre en vida, en muerte y en la eternidad; porque el escapulario de María es protección en vida, salvación en la hora de la muerte, y libertad en el purgatorio. Así lo cree el piadoso cristiano, y la experiencia lo confirma de un modo consolador. – C.

TROVAS (A Natividad)

“Delicada y graciosa,
y fresca y linda,
entre todas las flores
una es la mía;
cuando la riego,
con amor y ventura
le doy un beso.

“Sus rosados colores
mi pecho ablandab,
su exquisito perfume
penetra el alma;
su vestido
de elegancia y finura
casi le envidio.

“¡Ah!, su nombre es el nombre
de mi adorada,
que los campos del cielo
hoy embalsama.
¡Querido nombre,
que presta su dulzura

aun a las flores!

“Mi querida Patrona,
santa Teresa,
escribía con plumas
de oro y de perlas;
mas llegó un día
que las plumas que usaba
miró floridas.

“Desde entonces los valles,
por Dios benditos,
han criado entre rosas
y blancos lirios
las flores bellas
que se llaman hoy *plumas*
de mi *Teresa*”.

Estas trovas cantaba,
con suave acento,
regando las macetas
un ángel bello;

para escucharlas
se paraban los vientos
de la alborada.

No, no diré tu nombre
mi buena niña,

oiga yo de tus labios
trovas tan lindas,
y sin trabajo
copiaré yo las notas
de esos tus cantos.

J.A.

UN LIBERTINO CONFUNDIDO

- Por qué, preguntaba con descaro un mozalbete salido del colegio, a una modesta doncella, por qué las mujeres españolas sois tan fanáticas y tan ignorantes que os creéis libres de todo mal, de todo peligro, llevando un retazo de ropa, al que llamáis Escapulario?

- ¿Y por qué, replicó con viveza la joven interpelada, por qué V. hace gala de lucir ese cintajo, que, con perdón sea dicho, no tiene elegancia ni revela buen gusto? Y ese traje singular, ¿por qué lo viste V.?

- Es, respondió, un recuerdo de los grados ganados en el colegio. Me recuerda un mérito y es testigo de una distinción. Por eso lo ostento con orgullo, y no me ofendo porque otros, no sabiendo lo que representa, lo critiquen.

- ¿Y yo no podré ostentar un recuerdo de una Madre adorada, a quien amo con pasión? ¿Y no podré para despertar en mí el recuerdo de sus bondades llevar una insignia a mi gusto?

- Sí, no lo llevo a mal; siente muy bien semejante proceder en toda joven bien educada, respondió el joven-

- Pues eso es el santo Escapulario para mi corazón. La madre que tuve en este mundo, y que hoy está en gloria, me vistió el santo Escapulario desde mi infancia, como recuerdo de la protección que me dispensaría siempre aquella Señora a quien los cristianos llamamos Madre de misericordia. Jamás lo he abandonado, y seguiré vistiéndolo hasta la muerte, porque es para mí un medio para merecer un grado en la gloria eterna; es una distinción en vida para atraer siempre sobre mi alma las miradas y protección de María. María es mi Madre, caballero; su Escapulario es para mí el mejor distintivo de sus hijos. ¿Por qué le ofende y critica esta muestra de cariño filial? No aprecio el retazo de ropa por lo que en sí vale, sino por lo que me representa, por ser un amoroso recuerdo de la mejor de las madres.

Así dijo la joven católica con gran contento de los que la escuchaban, y con gran confusión del inconsiderado joven, que se creía hombrearse dándose aire de libertino y despreocupado. – A.

UN MILAGRO CONTINUO

Este privilegio tan puro y casto de no criar piojos sus hijas, alcanzó la santa Madre e su convento de san José de Ávila, donde asentada la observancia y fervor, que admira al mundo, sus religiosas deseando mayor cruz en sí mismas, dejaron las túnicas de estameña, y vistieron otras de jerga áspera que servía de cilicio; pero ocurrió después el escrúpulo de falta de limpieza, que podía ocasionar la jerga, y que les habían de estorbar la oración los piojos. Animolas la Santa, exhortándolas a que esperasen de Dios el remedio. En el mismo día, después de Maitines, entre diez y once de la noche, determinaron hacer una procesión vestidas de dichas túnicas, y llevando un crucifijo por guía, con velas encendidas, fueron al coro, donde la Santa se había quedado en oración; cantaban himnos y salmos, y entre ellos una coplilla elegante que decía así, y dejo aquí copiada por tan graciosa, como de santa Teresa:

Pues nos dais vestido nuevo,
Rey Celestial,

Librad de la mala gente,
Este sayal.

Llegadas al coro y postradas, hicieron oración al Santísimo Sacramento, y fueron a tomar la bendición de su Santa Madre; enternecida ella con la devoción de sus hijas, las animó, y para alegrarlas con aquella sal del cielo, hizo otras coplitas de repente, correspondientes a las que ellas cantaban, y decía:

La Santa Hijas, pues tomáis la cruz
Tened valor,
Y a Jesús, que es vuestra luz,
Pedid favor.
El os será defensor
En trance tal.

Todas Librad de la mala gente
Este sayal.

La Santa Inquieta este mal ganado
En la oración,
El ánimo mal fundado
En oración;
Mas en Dios el corazón
Tened igual.

Todas Librad de la mala gente
Este sayal.

La Santa Pues vinisteis a morir
No desmayéis,
Y de gente tan civil
No temeréis.
Remedio en Dios hallaréis
En tanto mal.

Todas Pues nos dais vestido nuevo
Rey Celestial.
Librad de la mala gente
Este sayal.

Todas Librad de la mala gente
Este sayal,
Pues nos dais vestido nuevo,
Rey Celestial.

Fue extraordinario el gusto que tuvieron las religiosas y la Santa, y no se levantó del puesto donde estaba, hasta que Cristo le concedió el raro privilegio de no criar sus hijas piojos, como lo comenzaron a experimentar; y hoy se ve patente en todas, y también en muchos devotos de la Santa, como dice la Crónica de la Reforma. Al fin de este privilegio, autorizado con tantas gracias de la Santa, debe añadirse la siguiente: No haciendo la Santa Madre memoria de sus hijos en este privilegio, le dijo la Madre María de san Francisco por qué no lo participaba a sus hijos. Y respondió la Santa: Calla, hija, que ellos son hombres.

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

La santa pobreza es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande; es señorear todos los bienes de él otra vez, a quien no se le da nada de ellos (*C. de Perfec., c. 2*).

No hay cosa que así haga rendir a Dios como la humildad (*Id., c. 16*).

Es hermoso trueque dar nuestro amor por el de Dios (*Id.*).

El verdadero amor de Dios, si está en su fuerza, y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo (*Id., c. 19*).

Permite Dios días de grandes tempestades en sus siervos, para más bien suyo (*Id.*, c. 24).

Dios no deja ningún servicio sin paga (*Id.*, c. 35).

Tu deseo sea de ver a Dios; tu temor, si le has de perder; tu dolor, que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirá con gran paz (*Aviso 69*).

REVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ESPAÑA

Cuando la gloriosa España vencía a las falanges morunas en las navas de Tolosa, merced a los tercios castellanos, aragoneses y navarros, cuyo espíritu ardía en sentimientos de fe, oíanse por todas partes gritos de regocijo que formaban coros de alabanza al Dios Omnipotente, alternando con la plegaria y la Comunión el izar de las banderas sacras de Jesucristo y de la Virgen Santísima. Militaban entonces y a su modo las aldeanas y los zagales, haciendo muy noble figura en aquellas cruzadas los muchachos, las doncellas y los pastores.

Todo llegó a realizarlo la fe que allana montes y colma valles; y nuestra amada España dio señales de un arrojo y de un patriotismo que se confundían con la provocación al martirio.

Por entonces se formaron cruzadas de niños que, al oír lo que se hablaba de la Tierra Santa, de Jerusalén y del madero de la cruz en que murió el Redentor del mundo, entonaban himnos de piedad en acento belicoso, y se ordenaban en legiones para atravesar los mares en busca de lauro para la fe cristiana. Francia enviaba a Marsella ejércitos de niños, cuyo fervor y entusiasmo hacían olvidar a sus padres la soledad en que dejaban el caserío y los hogares aquellos pedazos de su corazón; y a tal punto llegó el regocijo de Inocencio III, Papa entonces reinante, que al saber tales nuevas no pudo menos de exclamar suspirando: "Nos avergüenzan estos niños; mientras nosotros dormimos, van ellos gozosos a reconquistar la Tierra Santa".

Y en efecto, aquellos prematuros cruzados pedían con tales instancias y llorando tan a lágrima viva que se les dejase ir a la guerra cristiana, que sus padres no pudieron resistir la súplica. Muchos niños violentaron las cerraduras de las puertas, y otros escalaron las casas y los muros para engrosar las filas informes de aquellas muchedumbres. Cuando se les preguntaba a dónde iban, respondían que a buscar la sagrada cruz al otro lado de los mares.

Era esto por los años 1212. Capitaneaba la cruzada de niños un pastorcillo llamado Esteban; él predicaba y arengaba a modo de apóstol y de guerrero, y le seguían niños y niñas de todas las clases de la sociedad.

Dios inspiraba este movimiento más caballeresco que infantil, y Francia presenciaba asombrada cómo esos nuevos hijos de los hebreos bendecían a Jesucristo con el *Hossanna* de un sagrado entusiasmo.

Los cruzados gallegos no van ya en busca de la cruz que se encontró. Quieren conservarla en sus templos y sobre los capiteles de las torres. Levántanse formando legiones por aldeas y caseríos; y al lado de ancianos, a quienes tanto encorva el peso de los años como levanta el ardor de la fe, van los niños con hoces y palos, y las niñas guiadas de piedad y de esperanza, pidiendo la conservación de la parroquia donde fueron bautizados, y que no cese el sacrificio del Dios vivo en los templos, que son casa de Dios.

Valor es menester para acometer a niños, mujeres y ancianos porque defienden su religión con el celo por la casa de Dios, gran sentimiento del verdadero patriotismo; y si a esto se agrega la tiranía de perseguir a nombre de la libertad y en corazones inocentes la manifestación de la fe, entonces se declara formalmente que la política es impía y brutal la agresión.

Quien desde las alturas del poder concibe el proyecto de mortificar las conciencias, no entiende en verdad que la fe, si es comprimida, busca respiradero y lo encuentra siempre. Unas veces estallará en los campos; otras se dilatará en las mismas prisiones, y por fin, como don de Dios, es prenda de victoria que vence al mundo.

Por cierto que el Gobierno de la República, al disponer que los templos dedicados al culto católico fueran tasados, no contaba con la guerra hoy declarada por pequeñuelos invencibles; y ese cabo suelto, que nunca ha de atar, puede advertirle sobre la posibilidad de que aparezcan, cuando no se piense, mil y cien otros que se ocultan a la mirada de los

hombres, por muy versados que sean en la ciencia trascendental del *yo* y del *no yo*, de lo *subjetivo* y de lo *objetivo*.

De cualquier modo, los niños gallegos muestran saber el Catecismo de la Doctrina cristiana, y de seguro que con este humilde saber han de confundir la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes. No faltará un Papa que, al tener noticia de tales cosas, exclame suspirando: “Nos avergüenzan estos niños; mientras nosotros dormimos, van ellos gozosos a morir por la fe”.

Podemos asegurar que un digno alcalde, que se halla al frente de una de las poblaciones más importantes de España, al recibir la orden en que se mandaba que procediese a la tasación de los templos, contestó en los términos siguientes: “Siento verme en la necesidad de manifestar a V. I. Que no puedo de ninguna manera complimentar su orden. Y no puedo por tres razones, a saber: porque no tengo los peritos necesarios; porque carezco del dinero que para llevar adelante la tasación hace falta, y porque, además, *no quiero*. Si al Gobierno central no le arredra el suscitar obstáculos, yo no tengo afición ninguna a la política peligrosa, que se complace en vivir amontonando dificultades.

“La medida que se prescribe es injusta, inútil y, por añadidura, peligrosa. Injusta, porque se falta al pacto hecho con el pueblo al decretar la libertad de cultos, puesto que tasar los templos es atentar contra una propiedad del culto católico. Inútil, porque la venta de los templos no ha de producir resultados económicos de ningún género. Y peligrosa, por último, porque los pueblos quieren conservar sus iglesias, y yo no puedo ni aun comprender cómo un Gobierno que se titula popular, puede mantenerse poniéndose en abierta lucha con la voluntad de los pueblos”.

Como se ve, esta circular no ha podido menos de ser leída con interés. Habla de miedo y peligros, que son, como nadie ignora, las únicas razones que comprenden los Gobiernos materialistas.

Sabemos de muchos alcaldes que, o han contestado en los propios términos, o, invocando los principios políticos, hoy proclamados, han manifestado que contra el vivo de mandar mucho está la virtud de no obedecer nada. Otros no han creído conveniente ni contestar al oficio en que se les remitía la circular. Y han hecho bien. Esto, dada la actual política, no es un delito, ni siquiera una falta.

Todo esto es consolador; sin embargo, no se olvide que las tempestades suelen renovarse y que el horizonte continúa bastante encapotado. ¡Que Dios, pues, nos auxilie!

REVISTA EXTRANJERA

ROMA. Su Santidad ha dirigido a los círculos católicos de Bélgica el siguiente Breve: Pío IX Papa. - Queridos hijos: Salud y bendición apostólica.

Mientras que la situación de la Iglesia llega a ser cada día más aflictiva, y crece la impudencia con que se arrastra por los suelos su autoridad, así como la insistencia con que se trabaja para disolver la unidad católica, arrancándonos los hijos que nos pertenecen, vemos al mismo tiempo, queridos hijos, brillar con un resplandor siempre creciente vuestra fe, vuestro amor a la Religión y vuestra adhesión a esta Silla de san Pedro. Con objeto, no sólo de hacer fracasar sus impíos esfuerzos, sino también de unir a los fieles con lazos cada vez más estrechos, adunáis vuestras luces, vuestras fuerzas y vuestros recursos; pero lo que Nos alabamos más en esa empresa llena de piedad, es ver que vuestra aversión es completa a los principios *católico – liberales*, que tratáis de borrar de las inteligencias en cuanto os es posible.

Aquellos que están imbuidos de estos principios hacen profesión, es cierto, de amor y respeto a la Iglesia, y parece que consagran a la defensa de ésta sus talentos y sus trabajos; pero se esfuerzan sin embargo en pervertir su doctrina y su espíritu, y cada uno de ellos, según la diversidad de sus gustos y de su temperamento, se inclina a ponerse al servicio del César o de los que quieren vindicar sus derechos a favor de una falsa libertad. Piensan que es absolutamente necesario seguir este camino para quitar la causa de las disensiones, para

conciliar con el Evangelio el progreso de la sociedad moderna y para restablecer la tranquilidad y el orden; como si la luz pudiera amalgamarse con las tinieblas, y como si la verdad dejase de ser verdad porque se la desvíe violentamente de su verdadera significación, y se la despoje de la fijeza inherente a su naturaleza.

Este error, lleno de asechanzas, es más peligroso que un enemigo descubierto, porque se oculta bajo el velo especioso de celo y de caridad; y esforzándose en combatirlo, y procurando alejarlo de los incautos, es como extirparéis seguramente la raíz fatal de las discordias, y trabajaréis con eficacia en producir y sostener la unión íntima de las almas.

Sin duda, no tenéis necesidad de estas advertencias, vosotros los que os adherís con una resolución tan absoluta a todas las decisiones de esta Cátedra apostólica, a quien habéis visto condenar en diferentes ocasiones los principios liberales; pero el mismo deseo de facilitar vuestros trabajos y de que obtengáis frutos más abundantes nos ha llevado a recordaros un punto tan importante.

Continuad, pues, el combate que tan generosamente habéis comenzado, y esforzaos cada día más en merecer mejor los plácemes de la Iglesia, teniendo en perspectiva la corona que Dios os dará en recompensa.

Mientras tanto, os expresamos nuestro reconocimiento por los servicios que prestáis, y deseamos a vuestra sociedad un desarrollo siempre en aumento, con la abundancia de las bendiciones celestiales. Nos deseamos que el presagio de estos favores sea la bendición apostólica que os concedemos con gran cariño, queridos hijos, como muestra de nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, a 8 de mayo de 1873, año vigésimo séptimo de nuestro Pontificado.

El príncipe de Torlonia, al ver la persecución que sufren los Jesuitas en Roma y el despojo que han sufrido de sus casas, ha ofrecido al General de la Orden, R.P. Beckx, y a toda corporación romana, hospitalidad en su magnífica quinta, conocida y admirada en Europa. El rasgo es verdaderamente de príncipe; ha llamado mucho la atención en Roma.

La Emperatriz de Rusia regaló al Padre Santo un cáliz, cuyo precio hacen subir algunos a un millón de francos.

BÉLGICA. Según un periódico de Bruselas, el Shah de Persia conferenció largamente con el Nuncio de Su Santidad en la recepción que dio al Cuerpo diplomático. El Shah manifestó las mayores simpatías hacia el Papa, a quien hubiera querido visitar, y se mostró admirado por la firmeza con que Pío IX defiende, *sus incontestables derechos*.

AMÉRICA. La propaganda revolucionaria no descansa en ningún continente. Guatemala, que había logrado hasta ahora gozar la incomparable dicha de la unidad religiosa, acaba de perderla por obra y gracia de los revolucionarios, que están explotando aquella república americana.

Gracias obtenidas por intercesión de santa Teresa

No se ha olvidado en el cielo santa Teresa de Jesús de la condición agradecidísima que la adornaba en este mundo. Yo, pobre hija de obediencia, he experimentado los efectos de su bondad de un modo maravilloso. Más de un año hacía que me hallaba sumamente delicada, y los médicos de la tierra no hallaban remedio a mi mal. Llegó a mis manos un número de la Revista que V. con tanto acierto, a mayor honra de la gran Teresa, dirige, y luego confié que por intercesión de la Santa cobraría completa salud. Y así fue; pues, pidiéndoselo de corazón y prometiendo insertar en la Revista este favor, me hallé luego buena sin tomar ninguna medicina, y sin ayuda de médicos; de suerte que ayunó toda la Cuaresma, y asiste a los Maitines de media noche y sigue todos los actos de comunidad la que pocos días antes los médicos la daban por incurable y muerta. Gracias mayores me ha alcanzado todavía mi amada protectora, que no juzgo oportuno revelar. Solo sí diré con tantas almas agradecidas a los favores de la gran Teresa, que es poderosa, que cuanto pide alcanza para sus devotos, y que pido por amor de Jesús y de Teresa que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por consoladora experiencia que Dios es admirable en su santa Esposa.

Dispense lo mal dictado. Es el corazón agradecido el que habla. Se recomienda a sus oraciones quien le aprecia en Jesús de Teresa.

S.M.

Tortosa, mayo de 1873.

GRACIAS **que se piden a santa Teresa de Jesús y se recomiendan** **a las oraciones de sus devotos**

La paz de una familia consiguiendo la conversión de un hermanito.
Una necesidad espiritual.
Dos personas que se hallan en una misma gravísima necesidad espiritual.
Dos vocaciones.
Valor para un alma atribulada.
Una ciudad amenazada por la revolución.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LMOINAS AL ROMANO PONTÍFICE, CAUTIVO Y POBRE

	<i>Suma anterior</i>	Rs. 1.518,50
	Una comunidad de Religiosas Teresas ofrece su pobreza para el Sumo Pontífice cautivo y pobre, pidiéndole su bendición, y para la paz del mundo	40
	Un capellán de Religiosas Teresas: Mira, Teresa de Jesús, desde el cielo a tus hijas; consérvalas en sus casas , y abrevia con tus oraciones los días de prueba	20
<i>Chilches</i>	Vicente Jimeno	64
<i>Corbera</i>	– Tomás Llop, Pbro.: Teresa santa, rogado a Jesús envíe pronto un Ángel para hacer trozos mil de las cadenas que oprimen al que es el Prefecto de la casa de Dios, y el custodio y guardián de la viña del Señor, Pío IX	13
“	Un devoto sacerdote pide con fervor a la heroína Teresa de Jesús interceda al Señor se acaben los días de prueba para el Sumo Sacerdote y su Iglesia	13
“	Otros devotos claman a la inmortal Teresa tenga misericordia del Padre de los Padres y de España	39
<i>Masroig</i>	– Manuel Caves, Pbro., para que la gran Teresa clame al cielo se apiade del muy santo Obispo de la Iglesia Pío IX	10
“	Una persona piadosa desea que la seráfica Doctora alcance la libertad al muy santo y muy feliz Patriarca Pío IX, y el triunfo de la Religión y la paz de España	20
“	Una madre de familia suspira y pone por intercesora a la española Teresa para que salga ya de la cárcel el muy feliz y señor Pío IX, y que sus hijos sean preservados de la corrupción del siglo	32
“	Don Juan Camps, abogado, ruega a santa Teresa, gloria de Ávila, para que logre del Señor una gran bonanza al Obispo elevado a la cumbre apostólica, a Pío IX	20
“	Cándida Sadó: ¡Santa Teresa, por el amor de Jesús, compa-	

décete del príncipe de los Obispos, Pío IX	8
“ Raimunda Rius: Escuchadme, Virgen santa, no permitáis por Dios tanta persecución al soberano Sacerdote, al Papa reinante	8
“ José Fernández: No me cansaré de pedir a santa Teresa que que vuelva al heredero de los Apóstoles lo que injustamente le han quitado	8
“ Pedro Anguera, Pbro.: ¡Mujer fuerte! ¡Amada Teresa! Decid a vuestro divino Esposo que acelere los días de confusión para los enemigos del máximo Pontífice, llavero de la casa de Dios, y convertidos unos y otros, podamos cantar el <i>Te Deum</i>	4
“ Dolores Anguera: Incomparable santa Teresa, ven pronto a socorrernos y a consolar al Papa, príncipe de los Obispos	4
“ Marina Tost: ¡Oh santa Fundadora! Multiplicad ahora vuestras hijas, venga toscos sayales, sostened sus moradas y bata palmas el jefe de la Iglesia del mundo	4
“ Francisco Voletto: Madre Teresa, alcanzadnos una verdadera paz y días de gloria al Vicario de Jesucristo	4
“ Isabel Masdeu: Teresa de Jesús, por Jesús, tened compasión de la Iglesia, del Cordero y su Pastor	4
“ Una devota pide a la Santa la salvación de todo el mundo y el alivio al milagroso anciano	4
“ Verónica Aragonés: Gloriosa Santa, aligerad, por lo que podéis, la cruz que sufre el Pontífice Rey	2
“ Joaquín Asens: ¡Oh Teresa de Jesús! Volved al buen camino a los que persiguen al Romano Pontífice	2
“ María Manrí: Dad valor, oh Virgen magnánima, para que pueda clamar: ¡Viva Pío IX!	1

Suma Rs.	1.842,50

(Sigue abierta la suscripción)